

trece habitantes, llevados como cautivos ó asesinados en el acto. No hay seguridad alguna para las casas diseminadas, ni aun para las ciudades. Aquellas hordas salvajes, que saben duplicar las fuerzas y la velocidad del caballo, atraviesan como un alud inmensos desiertos y caen súbitamente sobre pobres familias, mudas de espanto é inermes. Supóngase á estos indios provistos algun dia de armas de fuego, y asentarán impunes sus tiendas sobre las ruinas de las ciudades. Mientras el cruzamiento de las razas no las haga entrar, modificadas y con mas suaves costumbres en la gran familia humana, la inminencia del peligro hará indispensable la adopcion de medidas enérgicas de esterminio, cuyo interesante relato nos llevaria demasiado lejos.

*Machicuys.*—Aun admitiendo una identidad casi completa entre los tobas y los mbocobis, hacemos nuestras reservas hasta adquirir mas estensos informes, respecto de los machicuys, á quienes M. de Orbigny considera como una tribu de los mbocobis y los tobas, cuya lengua hablan. El estudio especial que acerca del particular he verificado no me permite participar de la espresada opinion.

Al lado de estas diferencias de lengua, encontramos otras. Asi, mas sedentarios, agricultores, y dotados de menos feroces costumbres, los machicuys se aproximan á los lenguas por las extraordinarias dimensiones del lóbulo de las orejas, por sus armas y su modo de pelear. Azara dice que se diferencian de ellos por la forma de su *barbota*, que se parece á la de

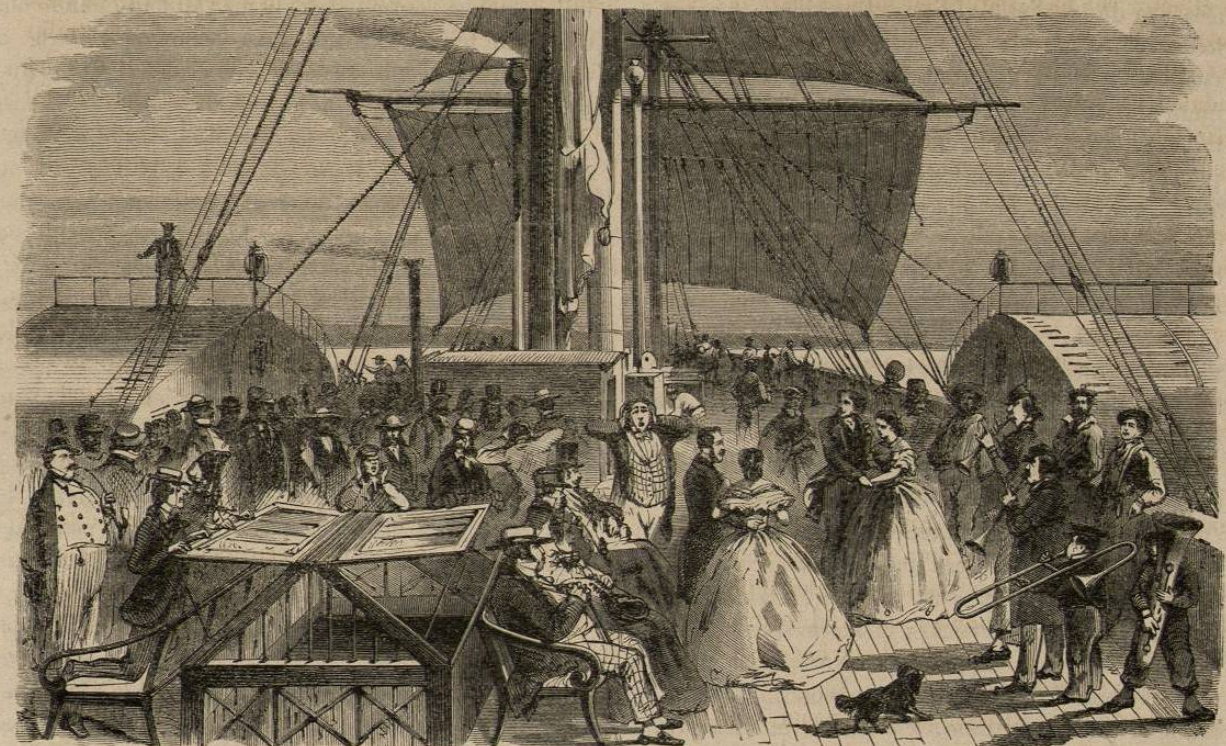
los charruas. Repetiré aquí la observacion anteriormente hecha: ninguno de los machicuys que he visto presentaba la cicatriz del agujero destinado á recibir este adorno salvaje, que abandonan, á ejemplo de los botocudos de Brasil, en tanto que ciertas hordas del antiguo Continente lo conservan con el mayor esmero. Asi es que los berry, nacion negra de las orillas del Saubat, afluente de la márgen derecha del Nilo, se atraviesan el labio inferior para introducir en él un pedazo de cristal de mas de una pulgada.

La estatura, las formas y proporciones de los machicuys son iguales á las de los lenguas. Como ellos, tienen los ojos pequeños, ancha la cara, grande la boca, aplastada la nariz, y abiertas las ventanas de ésta. Dejan flotar sus cabellos, cuyos espesos rizos les cubren en parte el rostro y les caen sobre los hombros.

La lengua de estas naciones es, como la de todos los indios del Cháco, muy acentuada; está llena de sonidos como arrancados con esfuerzo á la nariz y á la garganta, y presenta multitud de consonantes de muy difícil pronunciacion.

Tales son los principales caracteres de la organizacion de los indios á quienes me ha sido posible observar. Temeroso de incurrir en repeticiones, remito al lector que desee mas estensos detalles, á las obras que he citado en el curso de esta narracion, y á las que encuentran oportuno lugar en la *Bibliografía* del Paraguay y de las Misiones.

ALFREDO DEMERSAY.



Músicos alemanes á bordo del *Tyne*.

## VIAJE AL BRASIL,

POR M. BIARD.

1858-1859.

orpresa de mis amigos.—Preguntas.—Consejos.—Causas que me llevaron al Brasil.—Separacion dolorosa.—Partida.

«Mi querido amigo: te ruego me digas qué motivo te ha determinado á marchar al Brasil, país triste é insalubre. La fiebre amarilla es allí endémica, y se asegura que hay serpientes muy venenosas cuya mordedura causa la muerte en pocos instantes.»

—No vayas al Brasil, me decia otro. ¿Quién diablos va al Brasil? A ese país nadie va, á no ser que le nombren emperador. ¿Has sido nombrado emperador del Brasil?

—¡Qué viaje tan bien pensado! exclamó un dia mi zapatero. ¡Qué felicidad es para mí que vayais al Brasil! Podeis hacerme un gran favor. Sabed que un *quidam* que blasonaba de marqués vino un dia á hacerme un encargo, y cuando algunos despues le envié la cuenta, habia marchado á su país, á un punto llamado Borbon.

Prometí á mi zapatero hacer todos los esfuerzos posibles para cobrar de su marqués, mi futuro vecino de algunos miles de leguas, la cantidad que le

adeudaba, ó por lo menos parte de ella á buena cuenta. Por agradecimiento, sin duda, mi hombre me sirvió peor aun que de costumbre.

No concluiria si quisiese recordar todas las preguntas que se me hacian y todos los favores que por donde quiera se me pedian, y tambien todos los consejos que se me daban para que me precaviese contra mil y mil contratiempos de que irremisiblemente seria víctima si no hacia al pie de la letra lo que se me recomendaba. Segun mis consejeros, debia usar siempre franela y vestir de blanco, á causa del sol. Debia huir como de un enemigo mortal de la tela, aunque fuese batista, pero en cambio se me permitia usar á mis anchas camisas y medias de algodón. Es probable que se me aconsejase tambien el uso del gorro del mismo género; pero no lo aseguro. Ni debia olvidarme de llevar un cargamento de pólvora para hacer la guerra á las chinches, porque siempre las hay á bordo. Seguí este consejo, pero debo decir que no encontré ni una en el buque. Tambien se me recomendó que me procurase si era posible, un camarote á babor, porque yendo á Amé-



rica podría abrir mi ventanilla para aprovechar la frescura de los vientos alisios. Pues bien: á pesar de todos mis esfuerzos para gozar de tan inapreciable ventaja, el viento fue siempre tan fuerte que solo se pudo abrir durante la travesía las ventanas del costado opuesto, y me ahogaba en mi camarote. Había puesto á contribucion todo el almacen de la *Belle-Jardiniere*; todos los colores oscuros que en él habia fueron sistemáticamente desechados por la persona que me acompañaba, la cual no quiso escoger para mí sino los colores mas claros, en lo cual anduvo muy acertada, sin duda, porque en el Brasil todos visten de negro, no solo en la sociedad elegante, sino tambien en medio del día, cuando el sol cae á plomo sobre las cabezas.

Tales fueron algunos de los atractivos de la partida; pero los del regreso, ¡oh! esto ya es otra cosa.

¡Cuánto calor habreis tenido! ¡Cuánto habreis sufrido por el calor! Dícese que habeis vivido con los salvajes. ¿Son dañinos los salvajes? Habreis traído de allá cosas muy buenas. ¿Es cierto que habeis estado tambien en la América del Norte, en el Canadá y el Niágara? ¿Habeis visto á Blondin? Existe en realidad este funámbulo, ó lo que de él se cuenta es una patraña?»

Habiendo previsto que me veria acosado por estas preguntas, pues no habia olvidado que cuando volví de mi viaje al polo Norte se me preguntó por espacio de mas de dos años si habia tenido frio, por prudencia traje de Nueva-York un estereoscopio con una vista que representaba á Blondin sobre su cuerda; y no bien oia pronunciar su nombre presentaba al punto este testimonio casi vivo de una de sus posiciones favoritas, lo cual me evitaba una minuciosa esplicacion. Por desgracia esto no era tan fácil cuando se hablaba de los salvajes, porque no era posible llevar conmigo por todo París á mis compañeros del Bosque-Virgen ó de otros lugares, que he retratado con la mas escrupulosa fidelidad, aunque, lo confieso, no sin algunas dificultades.

Pero advierto que, despues de haber hablado de las preguntas que se me hicieron antes de mi viaje, nada he dicho aun de mis respuestas. Para concluir, aun respecto de aquellos que nada me han preguntado, vuelvo por un momento á esta materia, lamentando la mala costumbre que tengo de dejar muchas veces un asunto para pasar á otro sin necesidad aparente. El lector habrá de resignarse y perdonarme.

Dos causas harto diferentes me llevaron á América.

Muchos años hacia que habitaba el número 8 de la plaza de Vendome, y allí tenia una habitacion que me parecia imposible abandonar, pues en ella habia pasado toda mi vida de artista. En cada uno de mis viajes habia aumentado mi pequeño museo con

nuevos objetos; y como el amor propio se desliza de mil maneras, sentia halagada mi vanidad cuando oia decir que tenia el estudio mas hermoso de París, ó por lo menos el mas rico en curiosidades. ¿Cómo hubiera podido prever que llegaria un dia en que se destruiria con una sola palabra todo aquel edificio, con tanto trabajo y tanto esmero construido? Yo no conocia las mudanzas de casa, y no podia dominar la tristeza que me seguia por todas partes desde que me ví amenazado de semejante contratiempo.

Otra causa que podrá calificarse de fútil, me decidió de repente á marchar al Brasil, presentando á mi imaginacion un objeto determinado.

Comiendo cierto dia con mi hija en casa de uno de mis amigos, la casualidad me puso al lado de un general belga que habitaba en Baya hacia muchos años. Hablamos largamente de las mil bellezas de este pais, y me preguntó por qué no iba á pasar algunos meses al Brasil, pues este viaje me vigorizaria al paso que me serviria de distraccion.

Esta insinuacion me complació, pues se adaptaba á mis inclinaciones, y al punto resolví emprenderlo.

Al llevar de nuevo á mi hija al colegio, le participé mi conversacion con el general, á lo que me respondió sonriéndose:

— ¡Bien! Si voy allá por un mes ó dos, volveré para las vacaciones, y haré cuenta que veraneo en el campo.

Al dia siguiente arreglé mis asuntos, y puesto que en 1859 habia de serme forzoso dejar mi casa, me pareció mas sencillo dejarla en 1858. Suele hablarse del valor que se necesita para emprender los viajes á largas distancias, y se enumeran los peligros y las privaciones de toda clase que en ellos se encuentran á cada paso. Valor se necesita, ciertamente, pero no el que el vulgo supone. El instinto de la conservacion da la fuerza necesaria para arrostrar los peligros; el hábito lo embota todo, y nos acostumbramos al fin á vivir en los lugares mas agrestes é insalubres. No se piensa ni en la peste ni en la fiebre amarilla, ni en los leones, ni en los osos blancos, cuando se ha pasado algunos meses en su vecindad. Lo sé por experiencia; ¡pero las amarguras que acompañan la partida! Hé aquí lo mas difícil de arrostrar. Nunca me olvidaré del último dia que pasé al lado de mi hija, ni de los cuentos con que me fue preciso distraerla para hacerle aceptar la idea de mi ausencia; pero cuando me encontré solo en medio de París necesité hasta heroísmo para no renunciar á mi determinacion. El recuerdo de aquel dia, en que aparenté cierta ligereza y frivolidad infantil, siendo asi que tenia lacerado el corazon, es el mas amargo de todos.

Algunos negocios hacian necesaria mi presencia en Londres. Conducido, pues, mi equipaje al Havre, me trasladé á Southampton.

Partida.—El príncipe desconocido.—Músicos alemanes.—La Isla de Madera.—Tenerife.—San Vicente.

El 9 de abril de 1858 me embarqué en el vapor inglés *el Tyne*, y compartí el camarote número 21 á babor, con el profesor Trinain. Los dos ó tres primeros dias pasaron en acomodarnos y observarnos unos á otros. Casi todos los pasajeros eran franceses, ingleses, portugueses ó brasileños. Esparcióse, no obstante, el rumor de que habia á bordo un príncipe alemán que, segun se decia, iba á Lisboa á casarse con la princesa de Portugal; pero la verdad es que nada indicaba la presencia de tan alto personaje. Todos se comunicaban las conjeturas mas burlescas y las suposiciones mas caprichosas respecto de tal misterio. Poco á poco todas las miradas se fijaron en un individuo que desde nuestro embarque se habia paseado mucho por el puente sin dirigir á nadie la palabra. Yo no sabia qué decir, pero me era muy desagradable que aquel largo y ridículo personaje hubiese de ser esposo de alguna hermosa infanta. Por fortuna, pronto se supo que el supuesto príncipe era un diplomático inglés que iba no sé á dónde, á tomar posesion de un puesto cualquiera; pero la necesidad que se experimentaba de saber todo lo que habia acerca del particular, se hizo tan apremiante, que se llegó á suponer que aquel magestuoso incógnito era un hombre que acostumbraba, despues de comer muy aprisa, levantarse súbitamente de la mesa sin hacer el menor ruido, para no volver á presentarse en todo el dia. Aquel pobre diablo, lejos de ser príncipe, era, segun me dijo su compañero de camarote, otro inglés que habiendo oido decir que en el Brasil habia diamantes, se habia deshecho de todo cuanto poseia para pagar su flete é ir en busca de piedras preciosas. Apenas tenia ropa blanca, y esceptuando los momentos en que comia, pasaba el tiempo acostado para no gastar lo poco que poseia. No obstante, el verdadero objeto de la curiosidad general estaba realmente entre nosotros, viviendo como todos los demás, conversando con algunos amigos, y estos eran sus ayudantes de campo ú oficiales de su comitiva. El capitán del vapor aclaró todas las dudas, mandando construir para él un pequeño camarote numerado, en frente del palo mayor, para que pudiese disfrutar á su gusto de la vista del mar sin esponerse al viento que continuaba soplando con bastante fuerza. Pero nadie dijo á Su Alteza que su nuevo aposento habia sido construido en el viaje anterior para albergar á unos cuantos infelices atacados de esa terrible fiebre amarilla que entonces tenia alarmado á todo el mundo.

Entre los pasajeros, unos jugaban sin cesar, se injuriaban mutuamente y parecian próximos á cada instante á tirarse de los pelos. Otros se quitaban su

calzado para mejor descansar en los bancos. Otros, en la mesa, llenaban sus platos de todo lo que hallaban á mano, arrebatában á los camareros lo que traian en las suyas, y devoraban cual si fueran caníbales, sin miramiento alguno á las personas que estaban á su lado. Por último, tendidos en todos los rincones, alrededor de la chimenea, delante de las cuerdas y muchas veces sobre el puente, algunos llamaban la atencion por su continuo sueño. Estos eran algunos pobres colonos alemanes, que fiados en promesas que casi nunca se realizan, iban al Nuevo-Mundo á probar fortuna.

El 13 nuestro vapor entró en el Tajo, que no pude ver porque era de noche, y anclamos á la madrugada delante de Lisboa.

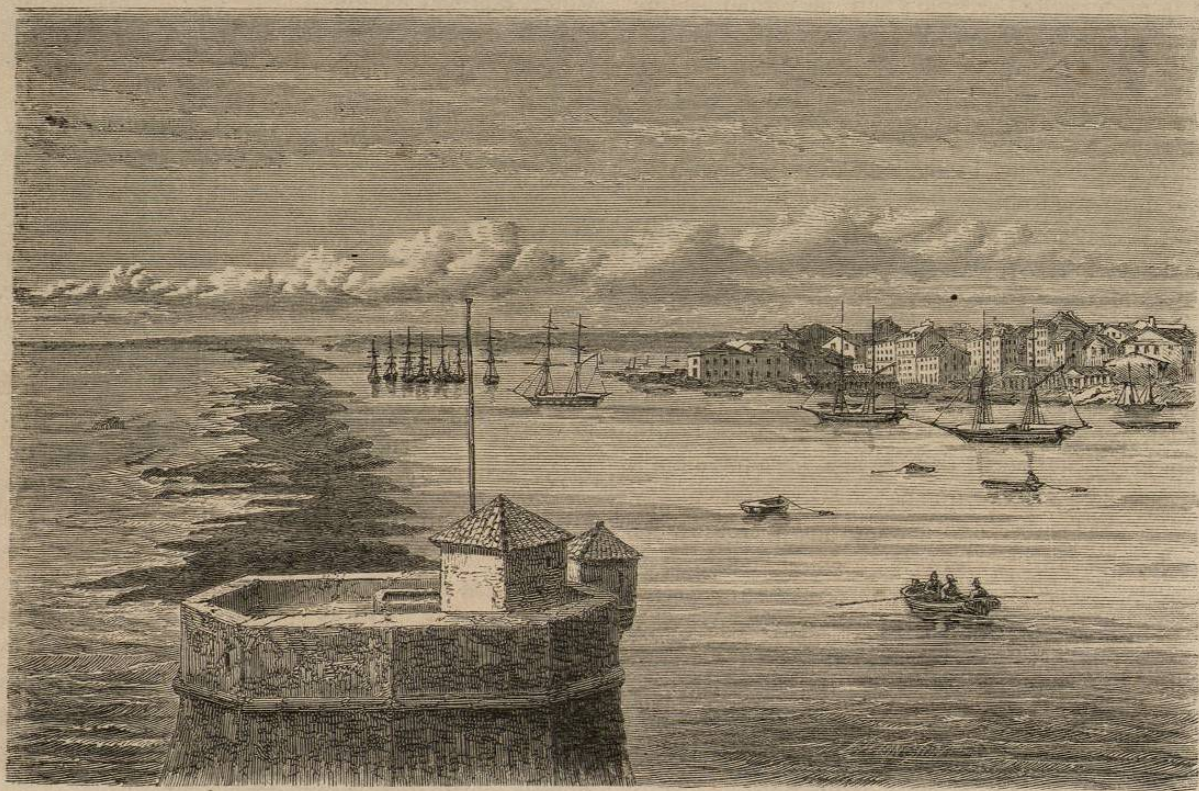
Al volver á bordo me abrumaba el mal humor, y mientras subíamos el Tajo me retiré á mi camarote.

El vapor avanzaba rápidamente. Los vientos alisios seguian soplando con alguna violencia, no podia abrir mi ventana, y maldecia al que me habia aconsejado que me alojase á babor, pues al otro costado del buque se gozaba del aire y de la luz de que yo carecia. A la caída de la tarde salí de mi escondrijos y subí al puente, en el momento mismo en que lo verificaba una banda de músicos alemanes. ¡Inesperada distraccion!

Cada uno de los músicos ocupó su puesto silenciosamente y por orden de estatura; luego, á una señal de su director, veinte formidables instrumentos estremecieron el buque desde la quilla hasta el tope del palo mayor. Por una singularidad que he observado muchas veces, y asi como muchas mujeres pequeñas aman á los tambores mayores, y viceversa, los músicos se aficionan casi siempre á los instrumentos que no están en proporcion con su estatura. Un diminuto clarinete se ocultaba á la vista bajo los enormes dedos de un honrado y colosal alemán, en tanto que su hijo, que apenas tenia diez años, soplabá con trabajo en un trombon mayor que él. Desde aquel momento este concierto instrumental se renovó muchas veces. El primer dia todo se redujo á escuchar la música, sin que nadie se moviera; mas al siguiente, dos caballeros valsaron formando pareja, y otros dos siguieron su ejemplo, hasta que al fin se pasó á invitar á las señoras, cuyos pies marcaban el compás; y hé aquí improvisado un baile que nada dejaba que desear; todo, pues, marchó perfectamente, esceptuando algunos ligeros accidentes ocasionados por el balance del buque. No obstante, bajo nuestra planta se estendia un abismo; pero ¿quién piensa en esto cuando se baila? Esto bastó para que se estableciese gran familiaridad entre los pasajeros; y gracias á aquellos buenos alemanes, se vieron brotar en un dia las relaciones íntimas como brotan las flores en un invernadero.



El 14 descubrimos á Porto-Santo, y el 15 llegamos á la isla de Madera, que era uno de los lugares que mas deseaba visitar. Por desgracia, teníamos tan poco tiempo para mantenernos al ancla, que apenas pudimos formar una idea completa de la ciudad y sus habitantes. El vapor que otros pasajeros y yo habíamos fletado había sido llevado, no sé si por torpeza ó por costumbre, á una playa cubierta de guijarros. Nadie se atrevía á saltar todavía en tierra,



Puerto de Fernambuco.

nos preciso pasar entre ellos, calados hasta los huesos, y por consiguiente de pésimo humor. Por fortuna no faltaron hombres que nos trajesen caballos ya ensillados y con la brida puesta. Cada uno de nosotros tomó uno, y luego fuimos á visitar una iglesia cuyo nombre he olvidado. Durante el camino nos dijeron que gozaríamos de una vista magnífica; pero pasamos entre grupos de jardines cubiertos de plantas trepadoras cuyas flores llegaban al suelo. Por mi parte, aprovechando la ocasion, hice un ramillete digno de un recién casado de aldea.

Madera es un jardín donde crecen con gran lozanía todos los frutos de Europa y los de los trópicos. Allí se goza la temperatura mas sana del mundo; allí envían los médicos á los enfermos de cuya curacion desconfían, y allí poseen los ingleses las mejores ha-

bitaciones; hé aquí todo lo que supe y ví de paso. Busqué por todas partes las famosas viñas, pero habían sido arrancadas para ser substituidas con la caña de azúcar. Parece, sin embargo, que se ha respetado las cepas que están al otro lado de la montaña, hácia el Este.

El 17 fondeamos en Tenerife; pero como no bajé á tierra, pues solo se nos concedieron dos horas para ir y volver, dibujé el famoso Pico que se veía á gran distancia. Su cima parecia negra, y el resto estaba cubierto de nieve; mas abajo, la niebla impedia ver el aspecto del país.

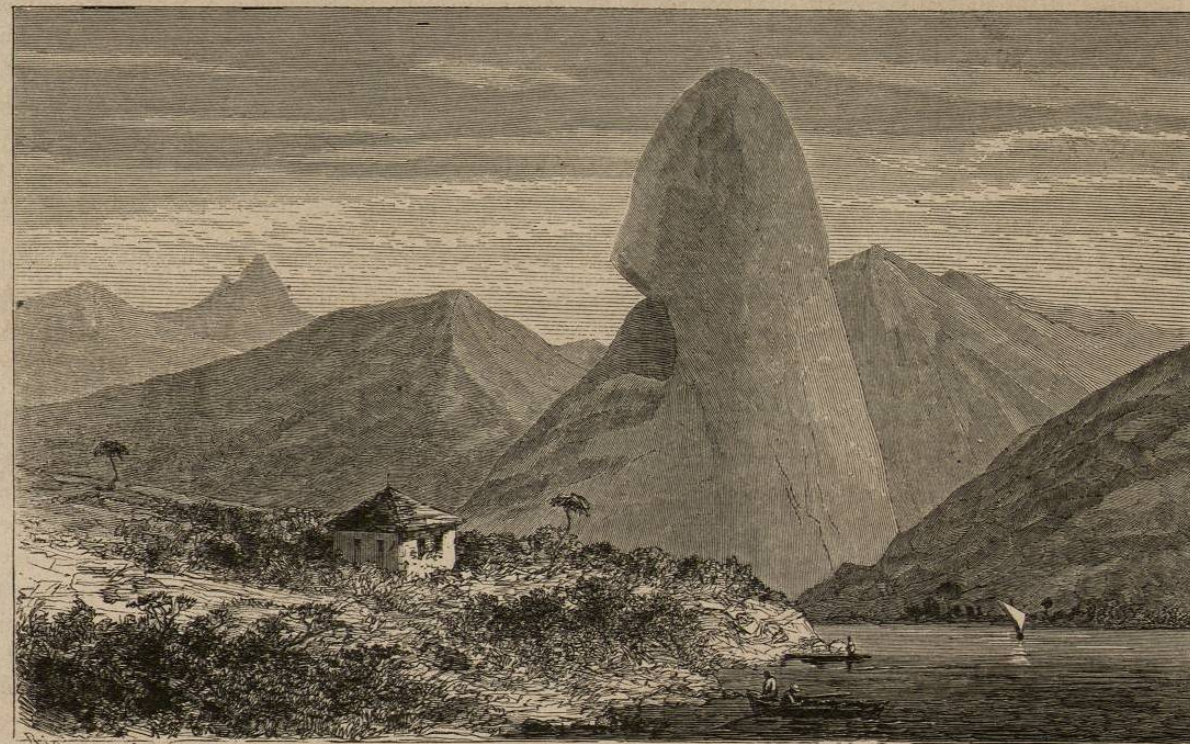
El 19 nos hallamos á la vista del Cabo-Verde. Algunas horas despues anclamos en San Vicente, cuyo aspecto desolado y sin vegetacion me chocó, con tanto mayor motivo cuanto que venia de Madera. Re-

corriendo la isla, solo encontré algunos árboles raquíticos que parecian enebros. Muchos niños enteramente desnudos me seguian á cierta distancia. La sed me devoraba bajo aquel sol abrasador, lo que me obligó á acercarme á una cisterna para solicitar de la generosidad de dos viejas negras un poco de agua de que con gran dificultad llenaban sus cántaros; pero el color rojizo del líquido me hizo olvidar la sed. En la plaza, en cuyo suelo un detritus de mariscos reemplaza la arena, se ha levantado un peque-

ño obelisco á la memoria de una mujer por su marido, capitan de un buque náufrago cuyos restos esparcidos se ven todavía.

El tédio en alta mar.—Peces voladores.—Un alerta.—La Cruz del Sur.—¡Tierra!—Fernambuco.—Bahía; las calles; los negros.

Siendo harto largo el trayecto de San Vicente á Fernambuco, y habiéndonos sido preciso atravesar todo el Océano sin tocar en ninguna parte, el tédio



El Pan de azúcar, en Rio-Janeiro.

tardó poco en hacerse sentir. El calor era sofocante, é íbamos á entrar en la region llamada por los marinos el *Pot-au-Noir*, donde violentas turbonadas suelen reemplazar súbitamente la calma. El calor enervaba y amenguaba todo, y no se oía en el vapor sino largos y sonoros bostezos. El baile no ofrecia ya atractivos. Cuando se presentaba una ballena, algunos curiosos se levantaban haciendo un gran esfuerzo miraban sin ver nada, y pronto volvian á encastillarse en su taciturnidad. Un dia, no obstante, multitud de peces voladores cayeron sobre el puente. Esto produjo un momento de animacion; púsoseles en salmuera; y despues de esta primera é indispensable precaucion, algunos marineros prácticos en tal operacion, los estendieron sobre unas tablitas y luego abrieron por medio de alfileres sus aletas natatorias

que les servian de alas, y espusieron á la vista de todos este curioso aparato, lo que produjo un entusiasmo general pero pasajero. El desaliento se habia apoderado de todos, y solo una gran emoción podia sacarnos de la especie de letargo que nos avasallaba. De repente, á una señal dada, toda la tripulacion subió al puente; algunos marineros se arrojaron á las embarcaciones sujetas á popa, largando las amarras; echáronse al mar todos los botes y chalupas; colocáronse los remos á lo largo de los bancos, mientras otros marineros corrieron al saco que contenia las cartas, y lo llevaron cerca de la gran canoa, pues ella debia ser la que primero se embarcase. ¿Qué pasaba? ¿Habíamos llegado? Nada de esto. Otros marineros manejan bombas... ¿Habia ocurrido algun siniestro? ¿Ardia el buque? No, gracias á Dios. Tratábase úni-